

## PRECIO DE SANGRE

Pastor E. Valverde, Sr.

¡Cuánto se ha dicho de este sacrificio! ¡Cuántos cuadros se han pintado que describen el dolor del Cristo crucificado! Han pasado ya cerca de veinte siglos desde que el humilde carpintero de Nazareth fue sentenciado por la turba embravecida y clavado en una cruz por los soldados romanos. Desde entonces, de acuerdo con la exclamación profética de Daniel (12:10), “muchos han sido limpios y emblanquecidos y purificados”, pero a la vez se ha cumplido la otra parte del texto sagrado que dice: “mas los impíos obrarán impíamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero entenderán los entendidos”, y esos “entendidos” precisamente somos los que, hasta el presente día, podemos sentir que nos embarga la emoción cuando recordamos, oímos, o hablamos del PRECIO DE SANGRE que costó nuestra salvación.

Yo estoy cierto que el cuadro sangrante de la crucifixión del Señor hace que se conmuevan las entrañas del cristiano que ama a su Señor de verdad y la exclamación que en forma espontánea brota de lo más profundo del alma es: ¡Gracias, mi Señor, por el PRECIO DE SANGRE que pagaste por mi salvación! En cambio, también estoy que hay dos clases de personas para quienes no tiene mayor importancia, aquellas que nunca han conocido verdaderamente el amor de Jesucristo, el Señor y las que diciendo que le conocen, no le aman de verdad o un día le amaron mas ahora “han dejado su primer amor”. Pablo apóstol encierra todo el mensaje de Dios en una sentencia breve diciendo: “El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema” (1 Corintios 16:22) y esa verdad tuvo un valor máximo cuando se dijo y hasta el presente día tiene la misma validez, pues ciertamente que nadie desde el principio, hasta hoy, puede realmente servir y seguir al Señor Jesús si no está en verdad “apasionado” de su Dios.

De acuerdo con lo que en estas páginas constantemente enfatizamos, estamos viviendo en los últimos días de la era de la gracia cuando el valor sublime de la sangre bendita que fue derramada en el calvario de la cruz cesará ya de salvar, pues está dicho por el mismo Señor que cuando este evangelio del reino fuere predicado a los Gentiles por testimonio en todo el mundo, entonces vendrá el fin (Mateo 24:14). Y es precisamente en estos últimos días cuando, en medio de las cosas terribles que están aconteciendo en este mundo, ha venido ya en muchos lugares de la tierra (y pronto llegará también a estos lugares) el martirio y la persecución física, para los verdaderos seguidores del Señor Jesús, y la única arma que podrá valerle al hijo de Dios para hacer frente a las cosas que tiene que sufrir es esa pasión, o sea ese amor genuino y profundo por su Maestro. Es cierto que mucho se enseña que la iglesia está llamada para no sufrir y que habrá de ser “raptada” antes del tiempo de angustia de que habla la Palabra de Dios, pero esa enseñanza (de la cual no tenemos tiempo para ocuparnos en esta ocasión) es tan absurda y tan fuera de lo que enseña el Libro Santo que no tiene caso aquí detenernos para reprobarla. En cambio, seguimos enfatizando lo que nuestro Maestro nos ha señalado diciendo: “El que amare más a padre, madre, hijos, heredades, etc.... NO es digno de mí” y también: “El que quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame”. Y esto se puede hacer solamente cuando apreciamos con todas las fuerzas de nuestra alma el PRECIO DE SANGRE que costó nuestra redención.

Para el hombre y la mujer que viviendo en el pecado y sintiéndose agobiado por el peso de su carga, desee la paz en su alma, esas manos sangrantes aún le están invitando para que se acerque al Calvario y a los pies de Jesucristo deposite en las manos del Salvador divino su vida y no importa qué tan terrible fuere su pasado, el Señor le dice: “Venid... y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18). Su parte es creer que esas manos, esas sienes, esa espalda y ese costado sangraron para pagar el precio de nuestra redención y al preguntar, como lo hicieron aquellos primeros creyentes en el día de Pentecostés, ¿qué es necesario que yo haga para ser salvo? la respuesta sigue siendo la misma: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hechos 2:38). Ahora, para el cristiano que está viviendo en su vanidad y descuido, orgulloso de su religión o de su organización religiosa, y en cuyo corazón no está hoy el dolor del calvario, la invitación también sigue en pie: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mateo 11:29), pues sabe muy bien mi hermano y mi hermana que la apariencia de un cristianismo superficial, donde no está ese dechado que señala el Señor; no puede traer paz y descanso al alma, antes por lo contrario, está escrito también que “si tenéis envidia amarga y contención en vuestros corazones; no os glorieis, ni seáis mentirosos contra la verdad, que esta sabiduría no es la que descende de lo alto; sino terrena, animal, diabólica. Porque donde hay envidia y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Mas la sabiduría que es de lo alto, primeramente es pura, después pacífica, modesta, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, no juzgadora, no fingida. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen paz” (Santiago 3:14-18).

Las palabras finales de este breve escrito van dirigidas a mi hermano y a mi hermana, ahora le conozca personalmente o no, fuere quien fuere y estuviere donde estuviere, pero que tiene en su alma esa pasión que lo hace sentirse embargado de emoción cuando considera el PRECIO DE SANGRE que costó nuestra salvación. Mi hermano, mi hermana, la lucha a veces está muy pesada, las pruebas parece que en vez de menguar aumentan y a veces nos ofusca la impresión como que ya no vamos a poder dar otro paso. Mas la Palabra, que es “lámpara a nuestros pies”, nos dice y nos seguirá diciendo hasta que lleguemos al fin de nuestra jornada: “Reducid a vuestro pensamiento a Aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que no os fatiguéis en vuestros ánimos desmayando, que aún no habéis resistido hasta la sangre combatiendo en contra del pecado” (Hebreos 12:3-4). Se acercan días en que precisamente muchos de los que aún “no hemos sufrido hasta la sangre” vamos a tener de experimentarlo. No será para nuestro perjuicio, ni para nuestro mal, ni mucho menos para nuestro juicio, antes por lo contrario, para alcanzar también el sublime privilegio que alcanzaron aquellos nuestros hermanos a quienes siendo martirizados por Cristo se les dijo por el Espíritu Santo: “Porque a vosotros es concedido por Cristo, no sólo que creáis en él, sino que también padezcáis por él” (Filipenses 1:29). ¿Cómo habremos de hacer frente a esos días que ya se avecinan? Cultivando hoy en nuestros corazones (en nuestros sentimientos) esa pasión, ese amor profundo para el Amado del alma. Por Aquel “que siendo rico se hizo pobre, para que nosotros por su pobreza fuésemos enriquecidos”. Por Aquel quien por amor de nosotros “se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz”. Solo teniendo ese amor para El

podemos ver Su rostro para bendición en el día de Su aparición en gloria. Solo teniendo ese amor podremos agradarlo y solo teniendo ese amor podremos cumplir con lo que El nos ha mandado que aquí hagamos diciendo: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

¡Señor, tú sabes que te amo! Le contestó Pedro al Señor al preguntarle: “¿Pedro, me amas?” Han pasado desde entonces más de 19 siglos y la pregunta que el maestro le hizo a nuestro hermano Pedro la ha hecho, y la sigue haciendo a cada uno de sus verdaderos seguidores. Al observar la sangrante mano y recordar el PRECIO DE SANGRE que mi Salvador quiso pagar por mí en aquella cruz, me uno con mi hermano y mi hermana quien, apasionado del Mártir del Gólgota ha derramado lágrimas de amor por El al leer estos renglones, para exclamar con el poeta y decir:

### ¡TE QUIERO SEÑOR!

No me mueve, mi Dios, para quererte,  
el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido,  
para dejar, por eso, de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte  
clavado en una cruz y escarnecido,  
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,  
muéveme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor y en tal manera  
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,  
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,  
pues aunque lo que espero, no esperara,  
lo mismo que te quiero, te quisiera. •